

10 EL PAÍS

Domingo 17 de julio de 2016

CATALUÑA

El día que Dalí orinó en un bolígrafo

Artistas de todas las disciplinas como Barceló y Vila-Matas se adentran en el singular universo del escritor francés Raymond Roussel desde el documental 'El Día de Gloria'

MERCÉ PÉREZ, Barcelona
En el Nueva York de los 70, en plena efervescencia del videoarte, Salvador Dalí propuso un reto al realizador de televisión José Montes-Baquer: hacer un audiovisual a partir de un bolígrafo sobre el que el genio ampurdanés había orinado. El ácido úrico había provocado en la pequeña parte de metal del artilugio extraños resortes. La creación de Montes-Baquer impresionó al genio, así que le propuso rodar una película, *Impresiones de la Alta Mongolia* (1976). En ella, Dalí se enfrasca en un viaje para hallar un campeón alucinógeno, LSD en toda regla. Y en esta búsqueda se suceden imágenes en cadena de insectos, plantas y movimientos galácticos.

Las escenas parten, en realidad, de la visualización minuciosa del bolígrafo orinado, en una suerte de súperzoom caleidoscópico. Como si el trozo de metal encerrase imaginación y libertad ilimitada. El filme fue un homenaje de Dalí a alguien que le influyó enormemente, el novelista, poeta y dramaturgo Raymond Roussel.

Nacido en París en 1877, Marcel Duchamp describió como "aquél que indica el camino" a ese dandi decimonónico y excéntrico que plasmó en su literatura mundos microscópicos, descripciones cadenciosas, repeticiones exuberantes y juegos lingüísticos radicales basados en la homonimia.

Precursor del surrealismo

Considerado precursor del surrealismo, influyó en las vanguardias y en la *nouveau roman*. Marcel Proust se inspiró en él para dar forma a un personaje de *En busca del tiempo perdido* y el poeta John Ashbery aprendió francés para poder leerle. La lista de los artistas de todas las disciplinas influenciados por Roussel, autor de obras tan sorprendentes como *Impresiones de África* (1910) y *Locus Solus* (1914), es larga. Pese a ello, su literatura sigue siendo desconocida para el gran público. Ahora un lar-



El artista Raymond Roussel.



Imagen del documental Raymond Roussel: Le Jour de Gloire.

gometraje, *Raymond Roussel: Le Jour de Gloire* (*El Día de Gloria*), del barcelonés Joan Bofill, se adentra en el universo del creador y en el manto de autoridad que pervi-

ve de él sobre todo en literatura, cine y artes plásticas. El documental, rodado en varias lenguas, cuenta con la narración de Jordi Mollá y música de Javier Rodero.

En la cinta, que tiene página web y se proyectará en Barcelona, París y Nueva York en octubre, participan artistas tan dispares como el mismo Ashbery, el cineasta Jan Svankmajer, el pintor Miquel Barceló, los escritores Enrique Vila-Matas y Michel Butor, el poeta Harry Mathews o el inventor Mark Pauline. *El Día de Gloria* es el primer largometraje de Bofill totalmente autofinanciado, lo ha rodado viajando seis años de país en país en busca de luz sobre el singular mundo rousseliano.

De oveja negra a apóstol

De hecho, Bofill tropezó con él por casualidad. "Desde pequeño siempre me había llamado la atención la película *Impresiones de la Alta Mongolia*. Visité a Montes-Baquer en Mallorca, donde estaba retirado, le empecé a hacer preguntas sobre el filme, y de golpe me preguntó por Roussel", cuenta Bofill. Montes-Baquer le propuso hacer una película, pero murió dos meses después del encuentro, en abril de 2010, a los 75 años. Así que Bofill decidió sacar adelante el proyecto en solitario.

El Día de Gloria es la historia de su viaje personal para descubrir a Roussel. "He podido hablar con toda una generación, muchos de ellos han fallecido en el camino desgraciadamente, provenientes de mundos artísticos diversos con Roussel como nexo común. Es un catalizador", explica Bofill.

El escritor francés era inmensamente rico y "la oveja negra de su familia", cuenta en el documental John Ashbery. Cuando publicó la carnavalesca *La Doubleure* (1987), pensó que alcanzaría la fama. Pero ocurrió todo lo contrario. Roussel creía que era un genio y que los de su condición llevaban una estrella en la frente.

El artista malgastó su fortuna con su arte. Pagó para publicar sus textos y a los teatros para representar obras. Estaba convencido de que cuando escribía salían rayos de su pluma. "Tenía que cerrar las cortinas para no deslum-

brar a los transeúntes", abunda en la película Mathews, miembro del grupo de experimentación literaria Oulipo.

"En mi la imaginación lo es todo", repetía el escritor francés. Así se refleja en *Locus Solus* (publicado en español por Capitán Swing, en 2011). Trata sobre un científico que recorre su jardín mostrando inventos asombrosos. Mezcla lo humano con lo animal, la muerte con la vida, en escenas pobladas por un gato que hace revivir la cabeza de Dantón, un mosaico de dientes o personas resucitadas con un líquido. "Siempre he creído que el surrealismo francés debería haberse dicho *rousselismo*", proclama el pintor Miquel Barceló en *El Día de Gloria*. Barceló califica de "apóstol" a Roussel y compara su método literario con la técnica a base de lejía, "pintar luz", con la que el mallorquín trabaja ahora sus lienzos.

En Roussel, todo salía de su cabeza. Porque viajó mucho, hasta "se hizo construir una especie de autocar-apartamento", desgrana en *El Día de Gloria* Butor. Dio la vuelta al mundo y, sin embargo, no desembarcó jamás. "Es capaz de ir a los mares de China y no salir de su camarote. No le interesa en absoluto el mundo real", perfla Hermes Salceda, profesor de lengua y literatura francesa en la Universidad de Vigo.

Roussel se pasó toda su vida intentando revivir el momento de gloria que sintió escribiendo su primer libro. Acabó suicidándose el 14 de julio (día de la fiesta nacional francesa) de 1933 en un hotel de Palermo. Tras su muerte, el editor Jean-Jacques Pauvert (primer editor del Marqués de Sade) volvió a imprimir sus obras. En España, Pere Gimferrer tradujo su ensayo *Cómo escribir algunos libros míos* (Tusquets, 1973).

Dalí, en *Impresiones de la Alta Mongolia*, identifica a Roussel con la imagen de un niño jugando ajeno dentro un cuadro. Un niño porque, como en los pasatiempos infantiles, en las obras de Roussel cobra fuerza la repetición y la observación de los detalles más insólitos, los escondidos, los que un adulto no ve. Un niño capaz de crear un poema de 700 versos sobre una playa mirando en el fondo de una pluma. Imaginación desbordada, con rayos dorados de gloria incluidos, como plasmó Dalí con su bolígrafo.

Las voces salvaron Peralada

Escasa presencia cultural y política en la gala del 30 aniversario

JAVIER PÉREZ SENZ, Peralada
La gala lírica del 30 aniversario del Festival Castell de Peralada (Girona) empezó el viernes por la noche en un clima de tristeza por las víctimas del atentado de Niza, a las que se recordó antes de iniciar una velada concebida para el lucimiento de un quintero de estrellas de la escena operística integrado por dos sopranos —la estadounidense Sondra Radvanovsky y la holandesa Eva-Maria Westbroek—, dos barítonos —el español Carlos Álvarez y el italiano Ambrogio Maestri— y el tenor argentino Marcelo Álvarez. No escatima-

ron pasión y bravura vocal y el público les aplaudió con ganas, pero faltó brillo social y algo de plácem en un evento que flojeó en la representación del mundo de la cultura y la política.

El presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, acudió a la fiesta de la Nit de la Comunicació organizada por Abertis y la Agencia Efe, acto privado celebrado en los jardines del castillo que congregó a empresarios y periodistas del ámbito económico, pero no se quedó a la gala; si asistieron el consejero de Territori, Josep Rull, el presidente de la Diputación de Gi-

rona, Pere Vila, y la alcaldesa de Girona, Marta Madrenas.

Tratándose de un festival que presume, y con razón, de su tradición operística, se echó en falta entre el público a artistas famosos —el único gran divo fue el tenor Jaume Aragall— del mundo de la música, el teatro y la danza en el concierto que celebraba oficialmente sus 30 años de historia.

La obertura de Guillermo Tell, que abrió la gala, apenas caldeó el ambiente; la efectista y poco refinada dirección musical de Daniele Rustioni marcó la tónica de un gris rendimiento de la Orquesta

Simfónica de Barcelona y Nacional de Cataluña (OBC).

Para romper la monotonía de un formato tan trillado como el de los conciertos de arias y dúos de ópera, Albert Estany y Núria Balada aprovecharon el espacio escénico para recordar la historia del festival a través de fotos y vídeos proyectados en una pantalla; el contrapunto poético shakesperiano lo puso el actor Àngel Llàcer recitando textos de Puck, el encantador personaje de la comedia *El sueño de una noche de verano*.

Las voces impusieron su ley en la noche ampurdanesa. Sondra Radvanovsky y Carlos Álvarez arrollaron con su carisma y óptima forma vocal; ella emocionó con la pucciniana *Vissi d'arte*, de Tosca, y él cantó con nobleza un aria de *Guillermo Tell*, de Rossini; y juntos derrocharon tempera-

mento verdiano en el gran dúo de *Il trovatore*; de hecho, Verdi se llevó la parte del león del programa, con soberbias páginas de *Falstaff* a cargo de Ambrogio Maestri y Álvarez, mientras que Eva-Maria Westbroek lució temperamento en *Pauc*, paice mio *Dio de La forza del destino*.

Tras un final de pasiones veristas, con páginas de *Andrea Chénier*, de Giordano, a cargo de Maestri, Westbroek y Marcelo Álvarez, llegaron cinco propinas, entre ellas dos arrebatadoras romanzas de las zarzuelas *La del soto del parral*, de Soutillo y Vert, y *La tabernera del puerto*, de Sorozábal, cantadas con pasión por los dos Álvarez, y una sensacional Radvanovsky en la canción estelar de *My fair lady*. La fiesta acabó con el famoso *Briséis*, de La traviata realizado por la iluminación de Albert Faura.